



sextopiso realidades

TSUNAMI 2

EDICIÓN Y PRÓLOGO
DE GABRIELA JAUREGUI

MARINA AZAHUA · LYDIA CACHO · DAHLIA DE LA CERDA
DIANA DEL ÁNGEL · LIA GARCÍA (LA NOVIA SIRENA)
VALERIA LUISELLI · FERNANDA LATANI M. BRAVO
LUNA MARÁN · SYLVIA MARCOS · YTZEL MAYA
BRENDA NAVARRO · JUMKO OGATA

Tsunami 2

MARINA AZAHUA • LYDIA CACHO

DAHLIA DE LA CERDA • DIANA DEL ÁNGEL

LIA GARCÍA (LA NOVIA SIRENA) • VALERIA LUISELLI

FERNANDA LATANI M. BRAVO • LUNA MARÁN

SYLVIA MARCOS • YTZEL MAYA

BRENDA NAVARRO • JUMKO OGATA

EDICIÓN Y PRÓLOGO DE GABRIELA JAUREGUI



**UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA**
Unidad Cuajimalpa



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Creative Commons 

MARINA AZAHUA
LYDIA CACHO
DAHLIA DE LA CERDA
DIANA DEL ÁNGEL
LIA GARCÍA (LA NOVIA SIRENA)
FERNANDA LATANI M. BRAVO
VALERIA LUISELLI
LUNA MARÁN
SYLVIA MARCOS
YTZEL MAYA
BRENDA NAVARRO
JUMKO OGATA

Imagen de portada

© PIA CAMIL, 2018

Traducción del texto «Agua negra»

© MARTA LÓPEZ, 2020

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2020

América 109
Colonia Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Copyright © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, 2020

Unidad Cuajimalpa
Vasco de Quiroga 4871,
Santa Fe, Cuajimalpa
05348, Ciudad de México

www.cua.uam.mx

Formación

Rebeca Martínez

ISBN: 978-607-8619-44-3, Sexto Piso

ISBN: 978-607-28-1881-1, UAM

Impreso en México

ÍNDICE

Prólogo: El cuerpo en la línea GABRIELA JAUREGUI	9
La rebelión de las Casandras MARINA AZAHUA	15
Fragmentos del diario de una feminista LYDIA CACHO	39
Feminismo sin cuarto propio DAHLIA DE LA CERDA	59
Hacer(nos) casita DIANA DEL ÁNGEL	99
A mares sobreviviremos: Metáforas del dolor trans' LIA GARCÍA (LA NOVIA SIRENA)	111
Agua negra (Fragmento del ensayo sonoro <i>Echoes from the Borderlands</i>) VALERIA LUISELLI	125
Temblores en el corazón: Crónica de una geografía emocional FERNANDA LATANI M. BRAVO	145

¿Quién apagará los incendios? LUNA MARÁN	157
Un bosque de mujeres: Carta a las zapatistas SYLVIA MARCOS	175
El hambre soy yo YTZEL MAYA	191
4 diatribas y media en la Ciudad de México BRENDA NAVARRO	211
Las historias que nos construyen JUMKO OGATA	223

PRÓLOGO:
EL CUERPO EN LA LÍNEA

GABRIELA JAUREGUI

Mientras escribo estas líneas, el mundo atraviesa una pandemia. Tecleo frente a la computadora, pero no tecleo sola: conmigo están otras que me acompañan e impulsan mis palabras, este breve gesto de rememorar —porque recordar es volver a pasar por el corazón y rememorar es devolverle los miembros al cuerpo, en la memoria—. Y así, desde hace dos años guardo en el cuerpo la memoria del nudo tieso en la garganta al leer las decenas de abusos y violencias desahogados durante el #MeTooMx que empezó con escritoras jóvenes valientes alzando la voz, y en este cuerpo sigue ese dolor nublado de los abusos que callé. El mismo cuerpo guarda también la memoria luminosa de la brillantina fucsia en mi cuero cabelludo, entre las uñas, en los párpados y pómulos de mis hijas. Aquí, en la nariz, se queda el olor acre a extinguidor y PKP. Las mariposas en el estómago al salir con tantas otras a las calles, de darnos la mano entre amigas y desconocidas. Los rastros de lágrimas detenidas en las esquinas de mi boca al ver a adolescentes de secundaria y prepa apuntar los dedos al edificio de la SSP en la glorieta de Insurgentes mientras cantaban *No, pendejo, no, que te dije que no* y el eco entre los edificios de *América Latina será toda feminista*. Tengo las manos palpitando de aplaudir la despenalización del aborto en Oaxaca; los muslos adoloridos de aquel día en el que centenas de mujeres bailamos gozosas la coreografía de las hermanas chilenas, *el violador eres tú*, señalando hacia la Catedral, hacia el Palacio Nacional. Este cuerpo también guarda la bilis y la angustia en la boca del estómago de los gases lacrimógenos frente a Bellas Artes, de mujeres corriendo en sentido contrario por Avenida Madero mientras otras nos quedamos detenidas haciendo un cordón

de seguridad y unas apaciguaron todo cantando por megáfono. El cosquilleo emocionado, sin traducción y sin nombre, en el cuerpo al ver que algunas alzaron una bandera de México negra, de luto por tantas, en el asta bandera del Zócalo, mientras otras bailaban a la luz del fuego. El corazón lleno de esa pequeña luz de las zapatistas, a dos años del primer encuentro de mujeres que luchan, que nos alumbró a muchas. La euforia en el pecho cuando la CNDH fue tomada por familiares de víctimas de feminicidio y desaparecidxs en conjunto con el Bloque Negro, después de tanta impotencia y frustración ante la violencia creciente durante el encierro. Quedan estos puños apretados y las uñas clavadas en la palma de la mano al leer mensajes cada vez más neofascistas de feministas transodiantes y racistas. Y guardo el dolor clavado en los huesos, la rabia en la tripa, al leer sobre tantas niñas y mujeres con cuerpxs diversxs, cada vez más, siempre demasiadas, mutiladas, encajueladas, tiradas a orillas de carreteras, las vidas destruidas, presentes sin futuro, y en mis oídos retumba el eco de esos versos del himno de Vivir Quintana: «Si tocan a una, respondemos todas».

¿Cómo respondemos? ¿Con la voz entrecortada? ¿Con el cuerpo? ¿Con la lata de aerosol? ¿Con un coctel molotov? ¿Con toda nuestra rabia? ¿Con nuestra inteligencia? ¿Con todo lo que tenemos y somos? ¿Cuántas formas posibles de respuesta hay?

Tantas como nosotras. «Nuestra arma es la voz», dijo Marichuy en la toma reciente del INPI y ya había mencionado Gloria Anzaldúa que la responsabilidad es nuestra habilidad de responder: con la boca, la voz, y en las puntas de los dedos cargamos y enunciamos esa responsabilidad. Las voces aquí reunidas cuestionan el amor tradicional entre una hija y su madre, las relaciones posibles y el deseo en una comunidad zapoteca; reflexionan sobre las historias que nos han contado sobre la identidad, sobre los cuerpos normados, las periferias, las disidencias; se preguntan por las luchas de izquierda que hacen jerarquías entre los cuerpos, por la «sororidad» entre unas a costa de otras; cuestionan nuestra participación

en el juego de la estupidez desde la valentía adolescente; se duelen por el extractivismo que penetra nuestros cuerpos-territorios; ponen en entredicho las teorías racistas, clasistas y discriminatorias de ciertas manifestaciones radicales del feminismo, e imaginan las posibilidades de un futuro alegre después del hartazgo y el dolor, desde las perlas-cicatriz o los monumentos vueltos archivos íntimos, y las voces que la historia quiso borrar hablan fuerte y claro. Escriben para un *nosotras* que se vuelve un bosque de mujeres —metáfora potente de la diferencia y la equidad—. Porque si el feminismo y las luchas de las mujeres no son de todas y para la emancipación de todas entonces no son para ninguna. Por esto es urgente cuestionar en qué momentos nuestro privilegio nos ciega o nos ensordece, y es urgente asumirlo y seguir descen-trando la experiencia de las mujeres no racializadas y de la capital. Es urgente abrir más espacios para las experiencias de mujeres de diversos contextos y cuerpxs y cuestionar cómo nos atraviesan las opresiones y los privilegios de formas distintas porque también es urgente salir de respuestas cómodas. Como escribe mi queridx Raquel Gutiérrez: «Si hay algo que hacer con el privilegio, es arriesgarlo. E incluso eso nunca será suficiente».

Han sido dos años intensos en las luchas de las mujeres en México desde que publicamos el primer *Tsunami* (2018) y todas esas olas expansivas acompañan este segundo *Tsunami*. Con ello también la necesidad de volver a la palabra, a tender puentes de reflexión y afecto entre muchas, diversas, desde la celebración de la diferencia más que desde la igualdad totalizante, para generar imaginaciones de otros presentes que construyan un futuro de vida y no de muerte. Para pensar cómo respondemos —una pregunta abierta más que una respuesta—. Esa duda compartida es una invitación a las posibilidades políticas, éticas y estéticas que se manifiestan en este libro, en el acto colectivo de contar historias que es semilla y fruto de la resistencia.

LA REBELIÓN DE LAS CASANDRAS

MARINA AZAHUA

MARINA AZAHUA (Ciudad de México, 1983) es ensayista, editora, historiadora y antropóloga. Su trabajo se centra en el estudio de la violencia, sus representaciones y las formas de resistencia colectiva que surgen ante sus efectos. Escribió los libros *Ausencia compartida. Treinta ensayos mínimos ante el vacío* (FOEM, 2013), libro ganador del Certamen Internacional de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz 2012 y *Retrato involuntario. El acto fotográfico como forma de violencia* (Tusquets, 2014), libro ganador del Premio Interamericano de Literatura Carlos Montemayor 2015. Estudió historia en la Universidad Nacional Autónoma de México, es maestra en escritura creativa y edición por la Universidad de Melbourne y actualmente es doctorante en antropología por la Universidad de Columbia. Es una de las cinco editoras fundadoras de Ediciones Antílope, donde la labor editorial en colectividad le confirma a diario las virtudes de trabajar con lentitud y la belleza de nunca trabajar en soledad.

Mis profecías dejarán de asomarse tímidamente tras un velo. Se precipitarán claras, como un viento frío avanzando hacia el crepúsculo, y se elevarán como una ola a contraluz, con más desolación que resplandor. No más enigmas. Sean ustedes mis testigos, acompañenme paso a paso, mientras rastreo las huellas de crímenes cometidos hace mucho tiempo... los crímenes antiguos de esta casa los conozco bien.

Cassandra, en la *Orestíada* de Esquilo.*

El problema es que no nos creen...

Mariana Enríquez,
«Las cosas que perdimos en el fuego».

Décadas de repetirlo: nos están matando. Y de cara a ello, el silencio de vuelta. Como si nadie fuera de nosotras mismas escuchara. Como si el grito viniera de un lugar muy lejano o se enunciara desde la mitad de la nada, lejos de todo. O tal vez fue oído, y nada más —presa de esa distinción tan decisiva entre

* Traducción (más o menos libre) de la autora, de la edición en inglés de la *Orestíada* donde se lee: «Well, then, my prophecies won't peek again like some shy newlywed from behind a veil. No, they will blow clear as a fresh wind toward sunrise, and surge like a wave against the new light with a woe far greater than its shining. No riddles anymore. You be my witness, running beside me stride by stride as I sniff out the track of crimes done long ago!... I know the legacies of crime within this house». (Aeschylus, Shapiro, A., & Burian, P. (2011). *The Complete Aeschylus : Volume I: The Oresteia*. Oxford University Press).

el oír y el escuchar—. Si nuestras palabras no lograron cruzar el abismo entre la percepción y la incompreensión, ¿será porque se articularon en un lenguaje disforme, con el vocablo equivocado, en el tono impreciso? Siempre nuestra culpa. ¿No quisieron escucharnos, o más bien no éramos escuchables? Si por algún milagro fue aprehensible nuestra voz, ¿entonces sería que, más bien, resultó ignorable? Ignorable quizás porque era mucho más fácil simplemente no creernos.

*

Cuando gritamos que nos están matando, no es una plegaria. No es sólo un grito, ni una denuncia. Decir que nos están matando es articular una profecía. Un augurio que carga el destino manifiesto de su credibilidad vulnerable. Casi siempre pareciera destinado a ser leído como exageración... hasta que se cumple. Una, y otra, y otra, y otra vez, se cumple. El tema principal es el dolor y la muerte. El tema secundario es la angustia de nuestra tan frágil credibilidad: el daño derivado de que la advertencia, señalada mucho antes de cumplirse el augurio (y sabemos bien que volverá a cumplirse), resulta esquivable. El inicio del problema es que no nos creen. Y eso contribuye a que seamos matables.

*

En la mitología de la Grecia Antigua, Casandra fue la hija del último rey de Troya, parida y amamantada por Hécuba, hermana del cadáver torturado de Héctor, cuñada involuntaria de Helena al ser hermana de Paris. A Casandra tocó el incómodo cometido de predecir la caída de Troya, pero nadie le creyó. Auguró los peligros de la llegada de Helena, esa belleza robada, en brazos de Paris, y nadie le creyó. Vaticinó las desgracias de aceptar obsequios de paz—caballos de Troya—de los enemigos, y nadie le creyó. Y Troya cayó.

*

Así es como se lo contaré a las futuras niñas de mi vida, a quienes les toque heredarlo: Les diré que durante un tiempo que podemos llamar siempre, supimos que el futuro era, casi con certeza absoluta, el desconuelo reiterado de amanecer todos los días con la nueva noticia de una más, otra mujer más, violentada o asesinada. Un dolor tras otro. Y en cada ocasión, se había advertido que volvería a suceder. Y una, y otra, y otra, y otra vez se repetiría ese augurio. Dolorosamente confirmando a diario el peligro de habitar el mundo siendo mujeres. Tras confirmarse la maldición, tras llorarse la pérdida, la certeza regresaba al centro del estómago, en espera de la siguiente mala noticia. Instinto, le llaman. Tripa. Presiento que algo similar deben haber padecido las madres en la antigüedad, conforme se les moría una cría tras otra, en un mundo donde la mortandad infantil era impensablemente alta para nuestros estándares actuales. Mi bisabuela parió dieciséis veces... y se le murieron seis críos. La imagino albergando la sospecha de que, tras la muerte de cada bebé, era casi inevitable la certeza apanicada de saber que morirían otros. No te encariñes, decían. En el siglo xx el espectro oscuro de la mortandad infantil se logró domesticar, hasta cierto punto y en ciertas geografías. Quizás el tiempo pasará también para nuestro miedo actual. Ojalá le resulte absurdo a las mujeres del futuro pensar que nosotras vivíamos esperando la noticia del siguiente asesinato, la siguiente violación, la siguiente golpiza, el siguiente acoso. El sueño es que les parezca absurda nuestra experiencia actual a las mujeres del futuro.

*

Crecer, en gran parte, es el proceso de ir descubriendo los dolores de las que te rodean. Cada herida funciona de advertencia: A mí me pasó: cuídate de que te pase. A ella le pasó: cuídate de que te pase. Vivir es entrenarte (fútilmente,

pues no hay forma de prever agresiones cuya detonación no controlamos) para responder ante la violencia que se viene, inevitable. Tratar de eludir esa violencia ocupa gran parte de nuestras vidas. Esa misión es agotadora.

*

Cassandra aprendió a leer el futuro en la casa del dios Apolo. Una versión del mito cuenta que una serpiente le susurró al oído la lección de cómo ser profeta; otra versión cuenta que el don se lo obsequió el mismo Apolo, quien la deseaba y se lo regaló buscando seducirla. De donde haya venido el don, Cassandra le dijo que «no» a Apolo. Eligió. Decidió que no quería compartirle su cuerpo. El dios, enfurecido por su rechazo, la condenó a mantener el don de predecir el futuro, pero agregando una maldición: sí, conocería el futuro, pero nadie habría de creerle.

*

A las futuras niñas les contaré algunas cosas más sobre vivir con esa certeza al centro de la tripa. Primero: la certeza casi nunca será creída. Segundo: a pesar de la certeza sabemos vivir con alegría. Tercera: la certeza crea la sensación de que no hubiera nada por hacer. Y sin embargo... aunque no se detenía esa ola de dolor y sangre, en la oscuridad y el hedor de ese daño, nos encontramos.

*

Cassandra fue castigada por decir que no. Por no ceder ante la seducción del dios. ¿En qué momento el silencio se convirtió en la única forma de resistencia posible? ¿En qué momento el grito se volvió inaudible? ¿Quién construyó el silencio como sinónimo del «no»?

*

Les contaré a las niñas futuras que, a inicios de la segunda década del siglo XXI, en la repetición imparabile de los asesinatos, violaciones e infamias, se fue construyendo una gran reunión de Casandras. Videntes, a las que nadie creía, un día ya muy cansadas se encontraron en el centro de un dolor compartido y escucharon sus voces y decidieron que habrían de creerse a ciegas entre sí —con todos los riesgos que eso conlleva, con todas las imperfecciones de ese proceder que habita fuera de las lógicas de la inocencia hasta comprobarse la culpa—. Sin embargo, para entonces resultó más potente la rabia que la tradición de una ley carcomida.

*

El 16 de agosto de 2019, en el marco de una serie de protestas detonadas por la noticia de la violación de una joven por parte de policías de la Ciudad de México, un cuantioso grupo de mujeres hicieron pintas sobre el Monumento a la Independencia, sobre Paseo de la Reforma, en la capital del país. La estatua de una victoria alada, que no es ángel, se eleva por encima de la columna central del monumento, y esa victoria no les pudo mirar desde lo alto, porque sus ojos están anclados sobre el horizonte del valle. Esa victoria no supo mirar hacia abajo, pero a su sombra, se desplegaron gritos enfurecidos que aterrizaron en tinta.

*

Sesenta y dos años antes de la rebelión de las Casandras, tras un temblor de 7.8 grados Richter, la victoria alada cayó al suelo y su cuerpo quebrado se desparramó en la base del monumento. Cada esquina de la base de la columna está presidida, a la fecha, por una diosa: La Paz, La Guerra, La Ley y La Justicia. En 1957, la cabeza de la diosa de la victoria, Nike, rodó por el suelo

mientras su torso desmembrado quedó tirado entre La Guerra y La Paz. La escultura se reconstruyó y un año después, y volvió a elevarse la victoria alada sobre la ciudad. Pero el rostro roto de la primera Nike que se desplomara, no fue recuperado. Quedó roto. Se encuentra hoy en la entrada del Archivo Histórico de la Ciudad de México, sobre la calle de Chile.

*

Cuentan las leyendas urbanas que ese rostro roto, tan grecolatino, fue modelado por el artista Enrique Alciati a partir del rostro de una hija de Antonio Rivas Mercado, arquitecto favorito del porfiriato, quien construyera el Monumento a la Independencia. Ciertas fábulas indican que es el rostro de su hija mayor, Alicia, otras cuentan que es el rostro de su segunda hija, Antonieta, aunque las fechas vuelven difícil de sostener esa segunda versión. Otro mito, relacionado o sobrepuesto, afirma que Alicia es la joven representada de perfil en el medallón que decora la puerta de acceso al interior de la columna, donde un mausoleo resguardara los restos de los héroes patrios.

*

A Alicia se le conoce por ser hija de Antonio y ser hermana de Antonieta. Y a Antonieta se le conoce principalmente por haber sido amante de José Vasconcelos, vinculación que la condujo a suicidarse al interior de la catedral de Notre Dame, en París, en 1931. Se cuenta que fue por desamor. De un tiro en el corazón. Usando una pistola que perteneciera a Vasconcelos. Se cuenta que fue un desastre tener que reconsagrar la catedral tras cometerse semejante pecado en su interior. Pero mucho antes de ser el desamor de Vasconcelos, Antonieta era escritora, intelectual, mecenas y feminista. Fue pieza fundamental de la vida cultural mexicana de principios del siglo xx. Pero se le recuerda, por supuesto, principalmente por la manifestación física y terminal del dolor que le causara un hombre.

*

Ochenta y ocho años después de la muerte de Antonieta, un grupo de mujeres enfurecidas intervinieron con pintura en aerosol morada, verde, rosa, negra y roja la base del monumento que construyera su padre. El mármol blanco se tiñó, el metal quedó marcado y la grupa de un león metálico, plácidamente pastoreado por un querubín alado, terminó tatuado en rosa fosforescente con el signo de venus: ♀

*

Pañuelos verdes, diamantina rosa y volutas de humo morado.

*

Yo no soy quién para definir y diferenciar lo que es una protesta, una marcha, una manifestación y un disturbio. Pero sé bien lo que es una revuelta. La intervención sobre el Monumento de la Independencia no fue parte de una manifestación en el sentido estricto, no fue una protesta de peticiones ni pliegos petitorios. Gritar de rabia porque nos están matando no es un pliego petitorio. Aquello fue una revuelta. Un estallido de rabia que tenía que salir.

*

Las niñas del futuro habrán de crecer con la certeza de que las mujeres de su pasado alcanzaron el punto de hartazgo de una herida supurante. Un día esas Casandras se rebelaron, cansadas. Se enfrentaron a los miedos acumulados a lo largo de centurias, encarnados en su piel, alojados en la memoria y concentraron sus esperanzas para convertirse en cuerpos incómodos que se desplegarían una y otra vez en el espacio público, de modos que antes nunca se habían pensado posibles.